

# Ciudad milagro

Karen Lizeth Álvarez Raigoza

## **25 de enero de 1999, 1:19 p.m.**

La hora del almuerzo es quizá la más esperada por todos, más en la familia Raigoza Pinzón de Armenia para quienes ese día parecía ser uno de los mejores. Toda la familia se había reunido sin motivo especial; se compartía la armonía de unos paisas y la alegría del almuerzo acompañado con frijoles. Lo sé, lo recuerdo perfectamente porque yo misma hago parte de esta familia, eran frijoles, cómo olvidarlo, la comida que más me disgustaba.

Tenía cinco años. Estaba en el comedor del patio tratando de acabar con el plato de frijoles que parecía interminable. Jugaba con la cuchara, esperando que se cansaran y me dijeran que no comiera más. Eso deseaba y se cumplió de la manera más extraña. Recuerdo que todo se movía, caí de la silla y quedé observando fijamente el tanque de reserva del patio que pretendía caer sobre mí. El perro no dejaba de ladrar y vi a mi mamá estirarme los brazos desde el otro lado del comedor. El pasillo parecía una rampla en la que no sé si me deslicé o qué, pero en cuestión de segundos no sólo estaba en brazos de mi madre sino también junto a toda la familia en la calle, viendo como todas las casas se caían. En mi familia nadie murió y la casa sólo quedó agrietada. Esa noche y no sé cuántas más, dormí en el carro de mi tía, pues era peligroso entrar a la casa por las réplicas. Se trataba de un terremoto. No sabía qué era eso, sinceramente no me preocupé. Jugaba con mi primo en el carro, mientras mis tíos, abuelos y madre, se turnaban para cuidarnos y pestañear en la silla del frente. En realidad, este testimonio no basta; es el abre bocas de este catastrófico hecho, que narran otras personas.

Luz Marina Raigoza trabajaba en la clínica del seguro social. Ella sí tuvo que lidiar con una realidad más fuerte. Ese día había salido de trasnocho y a pesar de tener un día libre, tuvo que presentarse al trabajo. “Era un caos, nadie se fijaba en nada, no hubo control, la gente gritaba buscando sus familiares, muertos y heridos estaban tirados en el piso...ni siquiera se controló que los médicos usaran guantes. A mí me tocó hacer la lista de los heridos para pegarla en la puerta...tuve que cerrarla porque la gente no dejaba hacer nada”, dice Luz Marina, recordando el momento.

## **25 de enero de 1999, después.**

El terremoto fue de 6.4 grados en la escala de Richter. El edificio de la Gobernación se vino abajo, al igual que todas las iglesias. La galería principal y la Alcaldía también quedaron en el piso. Los centros de salud estaban a punto de colapsar, pues las ayudas no eran suficientes. Hubo 2000 víctimas; los cementerios estuvieron colmados de llantos y flores. Fue esta la manera más atroz de terminar el siglo veinte, aunque también hay que admitir que la ciudad se recuperó de forma admirable. Allí está lo satírico de la vida; después de tantas tristezas, vino el progreso y ahora sí, se mejoraron los programas para estar listos ante una catástrofe. Es como en la medicina: en ocasiones, alguien debe sacrificarse para encontrar una solución. Ahora Armenia se conoce con el nombre de ciudad milagro, milagro de renacer de las cenizas.

Andrea Londoño estaba en su casa viendo Los Simpson. Al recordar dice “ese día le cambió la vida a todo el mundo...nos dimos cuenta cómo era de fugaz la existencia...se destruyó lo que conocíamos.” Los terribles testimonios muestran las precarias condiciones de los habitantes y la falta de comunicación, entre otros problemas. Diego Romero dice “en ese momento, todo fue pánico y la gente corrió desesperadamente a buscar a sus familias...las vías estaban destruidas, no había energía...todo era caos”.

Sin embargo, para muchos lo peor no fue el terremoto sino la primera y la segunda réplica, ya que muchas personas entraron a sus casas para sacar sus pertenencias y las edificaciones se derrumbaron, matando a mucha gente.